



**Agrupación** de Hermandades y Cofradías de Almería

# Exaltación a la Saeta



**1999**

**- Juan Rafael Aguilera Martínez -**



## EXALTACIÓN

Decía San Agustín, “quien canta, ora dos veces”.

Sr. Presidente de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Almería.

Miembros de la Junta de Gobierno.

Hermanos Mayores de la distintas Hermandades y Cofradías.

Dignísimas autoridades religiosas y civiles.

Señoras y Señores.

Hermanos y hermanas cofrades...

Mi primer saludo de agradecimiento a Uds. y a quienes pensaron en este cofrade para pronunciar esta Exaltación a la Saeta, ya que en ningún caso podría compararme ni en conocimientos, ni en saber sobre esta forma de entender y transmitir los sentimientos a través del flamenco, y en concreto a través de la saeta.

Gracias a todos Uds. por su asistencia, incidiendo en que mi exaltación será un canto a la historia y reconocimiento a los hombres y mujeres, que en los días santos hacen de la saeta, un arte difícil de superar en algunos casos, por su peculiaridad y sentimiento.

Gracias a mi querido compañero Juanjo del Arco, profesional donde los haya a través de la comunicación y amigo, por tus palabras realmente inmerecidas, nacidas de la amistad que nos une, gracias.

Gracias también, a los que con su voz esta noche nos deleitarán y por supuesto, a todos los que componen la Banda de Cornetas y Tambores de la Santa cruz, que con su esfuerzo algunas veces incomprendido, siempre están dispuestos a dejar y llevar el nombre de Almería por cualquier lugar de nuestra geografía.

Cuando me puse a escribir estas líneas sobre la saeta, recordé mis inicios de cofrade, donde esperaba ansioso, los días previos a la Semana Santa, para escuchar saetas a través de las ondas, en concreto en la radio decana, en Radio Almería, la voz de mi querido y entrañable compañero y amigo Francisco Cruz. La emoción que me embargaba, y mis inicios cofrades en esta Iglesia de San Agustín cerca de los Titulares de mi Hermandad escuchaba y veía a través de mi capirote a cantaores y cantaoras con sus plegarias hechas rezos, en distintos lugares del recorrido de la Cofradía. Era algo con lo que soñé muchas veces de niño y tan cerca lo tenía, era un auténtico privilegio, un sueño hecho realidad, aunque hoy quiero parar el tiempo, quiero seguir soñando con Uds.

Cuando la luna que puebla los cielos de limpias claridades, es el signo formal de que ha llegado ese conjunto solemne, patético e impresionante de los días en los que se desarrolla la espeluznante Pasión de Jesucristo, que los hombres denominarán Semana Santa.

La fe sencilla de los pueblos de Andalucía, vivirá esos momentos solemnes de la



historia de la salvación con esplendor inusitado. Cristos hirientes anatómicamente destrozados, de belleza impresionante a la vez conmovedoras, irán representando emotivas escenas, escenas de la Pasión a los sonos de trompetas y monótonos redobles de tambores que han de tener sin duda, un cierto regusto a la Roma Imperial de hace unos siglos.

Vírgenes Dolorosas y de Gloria, bajo palio de recogida geometría, y bellos bordados que tienen Paz, Fe y Caridad, Esperanza, Amparo, Amargura infinita, Merced por todo Consuelo por su amor, una Angustia indecible, Dolores y Soledad sentida, seguirán a Cristo, por estrecheces de calles y plazuelas recoletas, sorteando forjados balcones, abrazos de naranjos, abarrotados de blancos azahares.

Las flores y el incienso, poblarán de mágicos efluvios los aires de la noche, y la cera encendida refulgentes, proyectarán la imagen de la Virgen sobre la oscuridad de las blancas paredes encaladas.

Y Almería entera, se lanzará sobre los pasos de Cristo y María por sus calles en busca de su abrazo.

Semana Santa, oigo un grito desgarrado... ¡Cómo tiembla la fe por las aceras!

Es la saeta un revoloteo de quejidos flamencos, la gracia de la saeta está en sus vuelos, en sus revuelos en el aire que queda cortado, en la gente que se queda clavada. La saeta es estremecimiento, es sobrecogimiento en la noche... Santa.

La saeta es susurro en la calleja perdida, en un balcón, en una plaza recoleta llena de gentío.

La saeta es una queja o un gemido ante la Pasión, el Amor, el Perdón, El Prendimiento, los Azotes, ante ese Jesús Nazareno de la Humildad o del Camino, ante ese Jesús Nazareno de la Humildad o del Camino, ante el Descendimiento o ante ese Cristo de la Buena Muerte, el Amor o ese crucificado en la Cruz o Cristo Yacente en la noche del Viernes Santo.

La saeta es piropo a la Madre, que camina Dolorosa tras su Hijo, es la voz del saetero o saetera... que entona:

*Velas para iluminarte  
y flores llenas de amor  
para tu trono de arte  
y un piropo de parte  
para colmar tu dolor.*

La saeta es oración que sube hasta el cielo o se queda sollozando entre varaes e incienso... En fin, es grito de dolor angustioso, cuando en el silencio de la noche se clava en los



oídos de los oyentes admirados, perplejos y entusiasmados.

Como se puede comprobar, la saeta es silencio de la noche serena, cantada desde un balcón florido o desde una reja colmada de macetas, o escuchada en un esquina cualquiera, es un desgarrar tremendo, es una gracia flamenca y es no cabe duda, un escalofrío sentido.

Los palios se cimbrean con garbo, la “levantá” es espectáculo de masas y la saeta es oración, grito o graciosos requiebros, la gracia religiosa que no ofende, sino que emociona, que estremece, está servida con estos tres aspectos esenciales en una procesión semanasertera.

Definía el escritor Benito Mas y Prat de una forma gráfica a la saeta como:

*“Es ligera y aguda, sube al espacio y penetra en el corazón de los que poseen la viva fe cristiana, haciéndoles recordar el sangriento episodio de la Pasión y Muerte de una manera desgarradora y casi palpable”.*

Tan habituales estamos a escuchar la saeta, en los días de la Semana Santa, que no podríamos concebir a ésta sin aquella.

Es imposible precisar el momento del nacimiento de la saeta, aunque indudablemente, y según datos consultados, se cree que fue anterior a la popularización del cante flamenco, que se produjo con la famosa pragmática de Carlos III, en 1783, por la cual se reconocía a los gitanos los mismos derechos y obligaciones que al resto de los españoles.

Estudiosos del tema como Rafael Castejón y Martínez, decía en 1943 sobre el origen de la saeta, *“rivalizando las mezquitas andaluzas, entre ellas las de Córdoba y el resto de capitales, por tener almuédanos con hermosa voz, les pagaban altos sueldos y éstos en vez de hacer un canto lúgubre y monótono con el que en Oriente haciendo la llamada a los fieles, empezaron a introducir en su canto variantes musicales cada vez más ricas que caracterizaron el canto de los mencionados almuédanos, de cada uno de los rincones de nuestra Andalucía, dentro de la triste melancolía propia de un canto religioso”.*

Con la Reconquista, esos cantos parecieron acabarse, pero un día que en Sevilla la Inquisición llevaba a un morisco preso, al pasar frente a su casa, la madre transida de dolor cantó aquella canción de los almuédanos, y aquello hizo tanta impresión en el alma del pueblo, que en ocasiones análogas se siguió repitiendo, hasta que arraigó y se transformó en la saeta, no en la actual que tiene sus inicios a mediados de este siglo, donde alcanza los momentos más estelares.

Estudiosos y conocedores del tema en nuestra Andalucía como Ricardo Molina y Antonio Mairena, hacen una división de la saeta según el texto literario, en saetas narrativas, en plegarias, en laudatoria y exhortiva.

LA saeta deriva de las arcaicas “tonás”, siempre y cuando se acepte que las seguiriyas se deriven también de este cante, ya que una de las modalidades más solemnes y más importantes dentro de las saetas es extraordinaria, sobre todo cuando surgen en el silencio de la noche y ante la imagen venerada, que avanza lentamente y solemnemente por estrechas



calles, embalsamadas por el aroma de las flores y penetrante olor a incienso.

La saeta es “la fe a gritos” pidiendo clemencia o implorando piedad, que desgarrar el alma de pena y de dolor ante la amargura de la Pasión del Redentor.

Hombre y mujeres de manera sublime han alcanzado grandes cotas en la instrumentación de la saeta a flamencá, marcando una tradición en nuestra ciudad y una propia idiosincrasia, que desgarrar el alma de pena y dolor, adoptando una forma peculiar en algunos casos, con su forma poética y sus sonos musicales.

Aunque he de decir o mejor dicho, dicen los conocedores de la misma, que la saeta debe de realizarse “a palo seco”, de poder a poder, como siempre se ha hecho, al margen de otras situaciones, lo esencial es el sentimiento, el sentido hondo y místico de las mismas.

La gran mayoría de las saetas son salmos eclesiásticos, son un saberse impotente antes la grandeza divina, son un sentimiento de amor que se escapa de un pueblo que reza cantando a su manera, entregándose en cuerpo y alma en cada quejido, en cada ¡Ay!...

Cuando el atardecer acecha y la noche cae, sigo tras los pasos de mi Hermandad bajando por Rambla de Alfareros, con mi hábito de nazareno y a través de las rejillas del capirote, sigo viendo a ese gentío que se acerca por las aceras, para contemplar la Estación de Penitencia, en silencio, esperando que en cualquier momento, cuando la música de capilla pare, sólo escuche el murmullo de las gentes... ¿Qué ocurre a lo lejos? Todavía la imagen de la Señora, cerca de esa esquina, comienzo a escuchar los primeros susurros, es el inicio de una saeta, en la garganta desgarrada del saetero, con esa forma peculiar cada uno de ellos, el silencio es sobrecogedor, todas las miradas en el crucial momento, Jesús es bajado de la Cruz, mientras la oración hecha plegaria, hecha rezo, se adueña de la noche.

Historia de saeteros que debemos de recordar y que estuvieron presentes en nuestros desfiles procesionales, en los inicios, Valentín Martín “Arrierito de Linares”, y después le siguieron nombres como Paco y Pepe Barranquete, Chiquito de Oria, Encarnita Morales, Niño de Canjáyar, Rafael Téllez, Pepe Gómez o Conchi Padilla, que recibirá en fechas próximas el premio a la mejor saeta del pasado año de la Cofradía de la Soledad, y hombres y mujeres que siguen deleitándonos y que algunos de ellos escucharemos en unos instantes, como José Sorroche, Juan Gómez, Anabel Navarro, “El Niño de las Cuevas”, Cristóbal Muñoz, Antonio Sánchez, Rafael López, Antonio Martín, Antonia López, Rocío Segura o “Luis El de la Venta”... que desde las vísperas ya se acercan a distintos actos y de una forma más oficial, desde el Domingo de Ramos a la madrugada del Sábado Santo, rezan y oran en los momentos más emocionantes del discurrir de los distintos cortejos, en especial en aquellos rincones llenos de tipismo, salida o regreso de las Hermandades a sus Templos, en calles de enorme tradición, Jovellanos, Real, Mariana, Plaza de la Administración Vieja, El Lugarico, Gerona y Martínez Campos, sin olvidar el paso por Carrera Oficial.

Son lugares de un tipismo singular, en donde las Cofradías se sienten más unidas al pueblo y el pueblo en estos casos unido mediante la saeta, que brota en los distintos itinerarios, de esquina a esquina, esas oraciones populares, que en las apacibles noches de primavera, ponen una nota singular de poesía y fervor mariano.



La saeta, oración, que la espera el pueblo expectante en voces, incluso desconocidas, de hombres y mujeres que de forma espontánea realizan composiciones breves, cantadas con ritmo flamenco de seguirillas o martinetes e incluso por soleares, y cuyo argumento es el drama de la Pasión y el sentimiento que su contemplación produce.

La Cofradía continúa, el saetero frente al paso, o como decía, desde un balcón – es la foto habitual – sin ningún acompañamiento musical, sólo como decía anteriormente, el murmullo de las gentes, se dirige con la mirada fija a la imagen en ese tono lírico, atribuyéndole rasgos humanos con situaciones de la vida misma.

La gran explosión de la saeta flamenca, surge a mediados del pasado siglo, y ha alcanzado su edad de oro durante este siglo con nombres legendarios en toda nuestra Andalucía, como Manuel Centeno, “La Niña de Los Peines”, Manolo Caracol y una lista que han hecho de la saeta un arte y rango singular.

La Cofradía está ya de regreso, sigue su andar y de pronto, en esa esquina casi sin luz, la gente se arremolina, es un hombre con traje oscuro, llega un momento en que la saeta, se emancipa, rompe los lazos de su procedencia que le uniera a los dramas sacros, olvida sus orígenes moriscos, deja de ser exclusiva de misiones y prácticas devotas y vuela con alas propias, por el aire primaveral... vuela a los sentidos del pueblo que atentamente la escucha.

El saetero con ese traje, el cuello de la camisa abierto, el pecho amplio, manos grandes y dedos alargados y expresivos, se acerca a la baranda del balcón y se agarra a él, como un marinero se agarraría a la borde de la nave a punto de zozobrar, o un predicador de los de antes, a la barandilla del púlpito al inicio de su primer sermón.

La cara del saetero se enrojece, suda, se le hinchan las venas del cuello, el pecho se le abomba, la cara se le descompone, entorna los ojos, extiende el brazo derecho hacía la muchedumbre, que espera bajo el balcón, lo alza, abre la mano y la extiende al canto, como si con ella quisiera cortar el aire, y de su boca se escapa un... Ay...

Los Ay... se adueñan del aire, se elevan al cielo y bajan a la tierra seguidamente, apoderándose de los que escuchan, todo es quejido y desgarró. La saeta es el ire de los candelabros que alumbran el paso, sube la luz e inunda la fachada de dorados y sombras danzarinas. La faz del saetero enrojecida y descompuesta puede observarse asomada a ese balcón, el pueblo calla, los costaleros asoman sus cabezas levantando los faldones del paso y escuchan atentamente, los nazarenos olvidan por un instante su papel en la Cofradía y sólo tienen oídos para lo que se canta y ojos para quien lo hace mirando a ese Cristo o a su Madre Dolorosa.

El golpe seco del martillo y la voz del capataz se confunden con los aplausos y el redoble marca, el que la saeta terminó; la procesión se pone de nuevo en marcha, el jaleo del público se confunde con el sonido de las campanillas, de los diputados de tramo, que indican que los nazarenos levanten sus cirios e insignias y se reanuda el cortejo, el saetero se aparta del balcón contemplando el andar de la Cofradía, esperando la llegada del paso de palio, y mientras, yo sigo también, ahora meditando las letras, los ¡Ay! de la saeta anterior, los sigo percibiendo, esa oración o plegaria, ese rezo que es a la vez petición, que es, al fin y al cabo a



la postre, una súplica.

Es la saeta, una creación de sentimientos, la que echó a volar desde aquel balcón como hace desde tantos otros cada día de la Semana Santa, es la saeta un cantar del pueblo...

*Cantar del pueblo andaluz  
que todas las primaveras  
anda buscando escaleras  
para subir a la Cruz...*

Decía Antonio Machado, también Muñoz y Pabón, trato de definir a la saeta y dijo de ella que la saeta era "*la Pasión del Señor según el pueblo*", otros incluso decían que la saeta era un coloquio con la muerte.

Yo, permitidme que no sea capaz de definirla, ni tan siquiera de intentarlo, ni de ahondar en su origen, como he comentado, unos la identifican con viejos temas hebráicos, otros hablan del origen morisco en algunas de sus melodías y algunos dicen que, el canto llano tiene mucho que ver con todo esto. A mí la verdad, como no puedo atribuirme un conocimiento de flamencólogo, me basta y me sobra con saber, que la saeta es un desgarrar del pueblo, un cante lastimado por el sufrimiento de la Pasión, ahora sí puedo afirmar que cuando escucho una saeta cantada con ese sentimiento, bajo mi capirote, me emociono y alguna que otra lágrima recorre mi mejilla, casi... casi anudándome la garganta...

Casi, casi el paso de palio está ahí: el sentimiento se vuelve a adueñar del balcón, cerca ya la Señora en su paso, los sentimientos se presienten, el cantaor no tiene a nadie que le ayude, no necesita un altavoz, tiene el ambón del cielo estrellado y la bocina del aire primaveral, no necesita más acompañamiento que el latir de su corazón, ni más coro que el silencio del pueblo que le escucha. El saetero se entrega por entero, en cuerpo y alma, ha de salir de sí, tiene –diría...

Que dejarse envolver por su propio cante y ser el mismo, un ay... ay... sale de la garganta, casi... casi... seca por el esfuerzo.

La saeta es un cante auténtico, la saeta sigue viva, es y seguirá siendo, una expresión desgarrada del sentir de un pueblo... del pueblo andaluz...

Que todas las primaveras anda buscando escaleras para subir al madero... es la saeta...

He dicho.

*Almería, a 13 de marzo de 1999*

*Iglesia de San Agustín*